

Mis amigos invisibles

**Un relato y una vida narrada
desde la calle
de la Ciudad de México**

Roberto Mandeur Cortés

Este no es un cuento, no es una historia más, no es otra anécdota; habla de la realidad, habla de las razones por las cuales la humanidad no confía en sí misma, ayuda a comprender por qué los seres humanos son violentos, tienen miedo y por qué no se pueden ver, a pesar de que tengan ojos...

Contenido

Mis amigos invisibles.

Mis amigos invisibles

Este no es un cuento, no es una historia más, no es otra anécdota; habla de la realidad, habla de las razones por las cuales la humanidad no confía en sí misma, ayuda a comprender por qué los seres humanos son violentos, tienen miedo y por qué no se pueden ver, a pesar de que tengan ojos, por qué los seres humanos somos invisibles, a pesar de tener materia, masa, volumen; a pesar de tener un nombre y apellidos; a pesar de que nuestros pasos se escuchen al chocar con el asfalto, a pesar de oler a perfumes de jazmín, maderas, sudor y secreciones.

A pesar de que tengamos voz, que seamos ruidosos, alegres, amigueros, peleoneros; sí, muy a pesar de todo esto, los seres humanos somos personas esencialmente invisibles las unas a las otras.

La nada es imposible decía Jacques Lacan aludiendo a que siempre hay algo, a que la posibilidad de que exista una transparencia intangible insoportable en nada; es imposible. En el mundo de la física, la nada no es posible, el espacio siempre contiene algo y ese

espacio —a veces vacío— siempre es algo que contiene a algo.

Pero los seres humanos tenemos una dualidad, somos objetos físicos, en ese plano de la realidad, no podemos ser nada, siempre somos carne, materia, hueso, ropa; pero como seres simbólicos y culturales, les demostraré que la nada sí existe; y que hay personas, que si carecen de objetos de valía humana, como la ropa, la lengua dominante, la apariencia y la imagen; no solo son invisibles, sino muchas veces menos que eso, son como números negativos, que lejos de valer algo, valen nada y son invisibles, como un cero negativo, algo imposible en la matemática; mas no en la cultura y el simbolismo humanos.

H.G. Wells, fue un gran novelista, le debemos su Hombre invisible, que con menjurjes, posiciones, magia retórica y literatura; creó a un ser invisible físicamente, que tenía voz, materia, cuerpo; pero que nadie lo podía ver. Pero esta persona invisible de la que les voy a hablar eres tú, soy yo, es ella, somos

nosotros, somos todos; y más que sentirte reflejado o identificado con la historia real que te contaré; encarnarás al personaje, seas hombre o mujer y de cualquier nacionalidad que quieras.

Roberto era un diseñador gráfico, esos profesionistas que dan vida e imagen a las ideas de los demás; que hacen de algo invisible —una idea— algo visible, sea un dibujo, un boceto, un guión, una ilustración, un logotipo, una historia, un personaje; como esta historia que estamos leyendo tú —mi querido lector— y yo, tu apreciado escritor, porque ésta es tu historia, es la mía; es nuestra historia de invisibilidad humana.

Así un diseñador tiene que hacer de algo abstracto, algo concreto. ¿Qué es abstracto?, puede ser muchas cosas, pero algo abstracto esencialmente es algo que está adentro de una persona, en su mente, y ahí dentro tiene una forma, significa algo, vale algo para quien la piensa; pero si no sabe transformar su idea en imagen o en un texto; esa idea se queda encerrada en esa cabeza; y al no tener forma, al no ser externa y al

no ser pública; nadie más la puede ver, y para los humanos, ojos que no ven, corazón que no entiende.

La única forma de sacar la idea de la cabeza de un persona, si no sabe sacarla de ahí con lenguaje visual o dibujado; es ayudarlo a sacarla de ahí, haciendo preguntas, mostrando cosas parecidas y así la idea abstracta, saldrá de la cabeza a través de las preguntas, que ayudarán a hacer una descripción que el diseñador —quien sabe dibujar— hará concreta por medio de formas, de colores, de composiciones, acomodados y la otra persona podrá hacer ajustes una vez que su imagen sea algo visible y concreto afuera de su mente.

Así un diseñador es algo como un mago, que convierte —las ideas invisibles, intangibles y abstractas contenidas en otras cabezas— en imágenes, símbolos y dibujos que tienen un significado para las personas que las piensan.

Roberto se ha dedicado mucho tiempo al diseño, ha vagado por la mente de mucha gente, de doctores,

albañiles, gente sin hogar, prostitutas, científicos, pasteleros, ingenieros, doctoras, biólogas, químicos, personas de preescolar, de primaria, secundaria, prepa, universidad, maestría, doctorado y más allá del infinito; como dijera el célebre Buzz Lightyear.

Roberto descubrió que leyendo un libro, es como meterte a la mente de una persona, puedes conocer las interpretaciones que hacen de la realidad, Einstein, Darwin, Neruda, Quiroga o Unamuno; leer sus libros, es como ver sus mentes materializadas o más bien textualizadas en palabras, letras, textos y composiciones que evocan imágenes en la mente del lector; imágenes con sentido, significado y valor, no simples garabatos sin sentido.

Para un ilustrador es más fácil representar o dar forma a una idea, si el que la tiene: la narra, la recita, la cuenta, la escribe o la declama; pero si la persona no puede hacerlo, Roberto las interroga, se mete a su mente por medio del lenguaje, pregunta cómo es, quién es, qué es lo que quiere decir con esa idea, si escupe fuego, vuela, canta, es humana, es un animal o algo en especial. Así el interrogatorio saca de la mente

a la idea, que se convierte en lenguaje oral y después en lenguaje imaginal o gráfico o dibujado. ¿Pero para qué quiere alguien que un diseñador como Roberto haga algo así?

Es una respuesta sencilla de contestar, para llamar la atención de los demás, a través de una imagen o diseño. ¿Pero llamarla en qué sentido? Si la gente no tuviera apariencia, no podría existir, porque la existencia no es sólo estar vivo, sino es ser tomado en cuenta por las demás personas y viceversa. Los hijos e hijas existen para su padre y madre; porque son sus hijos, porque tienen un nombre, se reconocen entre sí, se hablan, se identifican; es decir, tienen entre sí un nombre, un significado, un valor y un sentido. No son visibles entre sí, porque sean esqueletos cubiertos de músculos, venas, arterias, piel, grasa, cabello; porque sean objetos físicos, biológicos, químicos o naturales; son personas con nombre, significado, valor y sentido. Las personas en la realidad, sólo obtienen valor por lo que valen, lo que significan y el sentido que tienen y así lo supo Roberto, la persona visible, invisible.

Fue precisamente el día del último temblor mortal en México a la fecha 2020, el 19 de septiembre de 2017, cuando Roberto estaba trabajando en una revista, cuando el temblor irrumpió y detuvo su trabajo. En su vida, era el segundo temblor de esta magnitud que vivía; y sintió un fuerte llamado a ir a ayudar a la gente; redactó una carta de renuncia, y dejó todo atrás y se salió a la calle a conocer la invisibilidad humana, la real, no la ficticia. Roberto perdió su departamento, se peleó con su familia y se salió a la calle; no era cuestión de su familia, es que Roberto ya estaba harto de la violencia, la indiferencia y la estupidez de la humanidad; él quería ser invisible; porque sabía que libre no podría, mientras viviera entre puros esclavos. Roberto salió a la calle y fue a ayudar a un centro de acopio para damnificados en División del Norte, todavía se veía limpio, pero la gente del lugar no lo conocía, y a pesar de que les explicó su situación, con desconfianza lo aceptaron, le aventaron una cobija y lo dejaron pasar la noche ahí; Roberto notó la desconfianza, la lástima y el miedo en esas personas; porque el verdadero Roberto era invisible para esa

personas. A la mañana siguiente, Roberto regresó la limosna con un regalo, cargó camiones con víveres y se despidió dando las gracias, a esas personas no les importó nada, para ellos, ellos habían tenido piedad de un pobre diablo; porque eso es lo que mi apariencia física les decía a ellos. Nunca preguntaron mi nombre, a qué me dedicaba ni mostraron empatía aunque les dije que había perdido mis cosas en el temblor; si hubiera sido su hermano, hijo o pariente; hubiera sido visible para ellos, pero no lo fui.

Me dirigí al Centro Histórico, y descubrí un templo de cienciología, me metí porque vi un anuncio de que necesitaban voluntarios para ir al Estado de Morelos a ayudar. Fui cuidadoso, mi apariencia era la de un indigente, en grado moderado; estaba sin bañar y con mal aliento. Me llevaron con una responsable, les expliqué mi situación y me invitó a participar, me dijo que podía ir a bañarme a un hotel cerca de ahí con el que tenía convenio esa iglesia, me dieron una playera amarilla, me presentaron al grupo y me dieron la bienvenida. Al terminar la plática me dirigía hacia el hotel, pero me quedé platicando con personas que